



# De tarde

María Luisa Erreguerena

Supongo que todos podemos recordar, dijo la mujer morena, algún día triste en que pensamos en el suicidio. Yo me acuerdo, por ejemplo, de una tarde cuando tenía 21 años y estudiaba medicina. Me habían dado la noticia triste, aunque esperada, de haber fallado en un examen. Alguien reunió la misericordia suficiente para tocarme el hombro y decirme alguna palabra de compañía. No la comprendí del todo.

“Me fui pensando que la tarde era linda para morir, tenía un sabor a zarzamora y un olor de nostalgia. Triste. No podía concebir la idea de enfrentarme al libro de texto. Pensé primero en matarme con una pistola; casi sentí el frío de tocarla, pero cierto vértigo de escuchar el estampido del balazo antes de morir me hizo escoger alguna otra manera, además, pensé, no tengo a la mano una pistola. Recurrí

después al trillado sistema del veneno; pero recordé su olor ácido y su sabor amargo. No me pareció una manera agradable.

“No se me ocurrió ninguna otra. Salí a caminar a la búsqueda de una forma de morir entre estallidos de campanas o voces de sirenas, dulcemente, con luces tenues que me hicieran imaginar marinos cariñosos que supieran de aventuras, húmedas aún, por contemporáneas. Un morir que oliera a ternura y triunfo.

“Llegué hasta la playa y la vi dorada y perdediza. Extraña. Me senté en la arena y la sal del mar se me quedó en la garganta, tenía cierto sabor a niñez triste. Un sonido que venía, tal vez, de puertos alegres me hizo descubrir historias de la gente que paseaba de este lado del mar. Sentía la arena; es como la piel de un

amante viejo, y luego debí reirme porque nunca he tenido un amante viejo, debí también inventar aventuras que nunca he tenido.

“Cuando me fui de la playa, concluyó la mujer, era ya tarde. Tal vez pensé que después de todo no es ni más ni menos que un examen y que por eso no valía la pena dejar de vivir. Tuve que reconocer también, como lo reconozco ahora, que ciertamente era una tarde bien linda para morir.” 

